

POLICY BRIEF

Las bases socio-territoriales del voto en el México sub-nacionalWILLIBALD SONNLEITNER ¹**SINOPSIS [A MODO DE INTRODUCCIÓN]**

En México, las relaciones heterogéneas e inestables entre las bases socio-territoriales del desarrollo socio-económico y del sufragio universal, desafían las teorías clásicas de la modernización. Para comprender este comportamiento contradictorio de la participación electoral, exploramos los contenidos desiguales del voto “particular” en distintos niveles y escalas de la geografía política mexicana, enfocándonos en la gran diversidad de formas de movilización ciudadana. Como lo demuestra el caso de Chiapas, éstas pueden apoyarse en dispositivos de tipo comunitario e identitario, racional e individual, corporativo y/o clientelar. Nuestros hallazgos obligan a repensar las relaciones del sufragio con la participación, la contestación y la inclusión populares, así como con la representación, la gobernabilidad y la legitimidad democráticas; invitan a indagar en las condiciones particulares que propician/inhíben el ejercicio efectivo e individual, libre y secreto, autónomo e igualitario del voto, en el México sub-nacional.

1. La gobernanza electoral en tensión: entre la idealización y la satanización del mecanismo clave del juego político

Como lo demostraron las elecciones presidenciales de 2006 y 2012, la democratización mexicana se encuentra en una situación paradójica. A pesar de garantizar contiendas cada vez más competitivas y plurales, éstas sufren de un persistente déficit de legitimidad. Ello se refleja en el incremento de los conflictos postelectorales, así como en la desconfianza ciudadana hacia los comicios. Lejos de limitarse a sectores apáticos de la sociedad, el cuestionamiento de las elecciones se concentra entre los segmentos más educados e informados, incluyendo las élites culturales y políticas del país. Independientemente de su ideología o afiliación, un número creciente de candidatos derrotados de todos los partidos impugna los resultados desfavorables.

Curiosamente, las críticas más duras del árbitro electoral provienen de los mismos jugadores partidistas que, mientras cometen faltas y violan las reglas, denuncian un juego sucio e inequitativo. Tras haberse centrado durante décadas en el mejoramiento continuo de la calidad procedimental del proceso electoral, el ciclo virtuoso de reformas se agota y entramos en un proceso inverso de des-construcción de la confianza ciudadana. Lo que se debate ahora en México es la calidad misma del sufragio, cuya autonomía se ve restringida por los más diversos mecanismos corporativos y clientelares –imaginarios y/o reales–, de compra y coacción del voto.

En este contexto, cabe indagar en las distintas formas en las que se ejerce el sufragio, y en las condiciones socio-territoriales que propician o inhíben su grado efectivo de autonomía y secrecía, libertad e igualdad.

¹ Profesor-investigador de El Colegio de México, donde enseña Sociología Política y Sociología Electoral. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, es especialista de procesos de cambio sociopolítico y de geografía electoral en Latinoamérica. Sus publicaciones se encuentran en <http://ces.colmex.mx/141> y en <https://colmex.academia.edu/WillibaldSonnleitner>. Coordina, junto con Sonia Terron, el *Grupo de Investigación en Análisis Espacial en América Latina* de ALACIP. Contacto: wsonnleitner@colmex.mx

2. Del tipo ideal a la diversidad empírica del sufragio particular

Este trabajo se inscribe en el marco de una investigación más amplia sobre las transformaciones de la democracia mexicana a lo largo de las últimas décadas. Su objetivo medular consiste en contribuir al análisis diacrónico, comparativo y multidimensional de los significados del sufragio universal en México, y de las relaciones –complejas y a menudo contradictorias– entre las dinámicas temporales y territoriales de la participación electoral, y las estructuras geográficas del desarrollo socio-económico y humano.

En México, las relaciones heterogéneas y cambiantes entre las bases socio-territoriales del desarrollo económico y del voto desafían las teorías clásicas de la modernización. A diferencia de lo que ocurre en las democracias consolidadas –donde la participación político-electoral se asocia estrecha y positivamente con mayores niveles de educación y bienestar material–, en muchas entidades mexicanas son las comunidades más pobres las que más acuden a las urnas –en contraste con varias ciudades prósperas y altamente abstencionistas–. Lejos de ser estable, esta relación cambia paulatinamente desde finales de los setenta para invertirse en los noventa, antes de revertirse y de disolverse entre 2003 y 2012.

Para comprender esta geografía volátil y contradictoria del sufragio, esta investigación explora los contenidos desiguales del voto en distintos niveles geográficos en el México sub-nacional. Contrario a su pretendido carácter “universal”, el voto no es una práctica sociopolítica unívoca que obedece a una lógica uniforme o a un solo modelo general. Para entender las distintas modalidades de su ejercicio, hay que situarlo en su contexto histórico y socio-territorial. Ello permite rastrear las formas contradictorias en las que se inventó y se extendió paulatinamente el sufragio, obligando a situar sus distintas dimensiones espaciales y temporales, antropológicas, sociales y políticas.

La apuesta central de esta investigación consiste en combinar distintos enfoques teórico-metodológicos para indagar en el análisis socio-territorial del sufragio “particular” de los mexicanos, contribuyendo a una sociología comparada, situada e histórica del voto en América Latina. Nuestros hallazgos ponen de manifiesto la gran diversidad de configuraciones geográficas y de formas peculiares de movilización. Como lo demuestra el estudio profundizado del caso de Chiapas, éstas pueden apoyarse en dispositivos de tipo comunitario e identitario, racional e individual, corporativo y/o clientelar que, en su conjunto, conforman el agregado general de la participación electoral. En vistas de ser elucidados, los significados de estos distintos tipos de comportamiento político tienen que ser situados en los contextos particulares en los que se ejerce el sufragio.

Para hacerlo, utilizamos una estrategia metodológica mixta. Partimos de una revisión sintética de la literatura sobre el comportamiento electoral y sobre sus relaciones con los procesos más amplios de modernización, para situar la especificidad de México y para construir un marco de referencia apropiado para su estudio. Con base en ello, analizamos la evolución de la distribución geográfica del voto, así como sus relaciones con las estructuras territoriales del desarrollo humano en varios niveles complementarios (32 entidades federadas, 300 distritos legislativos uninominales, 2 443 municipios y 64 mil secciones electorales). Esta geografía sintética del comportamiento electoral de los mexicanos es completada por un estudio cualitativo del caso de Chiapas, para captar los significados concretos de las distintas modalidades en las que se ejerce el sufragio *particular*, e ilustrar los diversos tipos de movilización territorial.

En suma, este estudio indaga en los significados particulares, heterogéneos y cambiantes del sufragio en distintos niveles sub-nacionales, para contribuir a repensar sus relaciones problemáticas con la participación y la inclusión, la representación, la gobernabilidad y la legitimidad democráticas en el nivel nacional.

3. De la democracia de los dioses a las elecciones de los mortales: propuestas estratégicas para mejorar la gobernanza electoral en México

En México, la democratización no es un proceso uniforme, homogéneo y lineal, sino que obedece a dinámicas espaciales y temporales fuertemente diferenciadas. Aunado a esto, la heterogeneidad e inestabilidad del mismo sufragio conllevan implicaciones importantes para las políticas públicas, que suelen proyectarse sin considerar la gran diversidad de situaciones y contextos que coexisten en el nivel sub-nacional. De ahí se derivan al menos tres consideraciones prácticas y estratégicas para la acción política.

Procesar la diversidad del voto, para acotar el espectro del fraude electoral

La primera nos remite a la percepción paradójica de la democracia electoral. Tras décadas de elecciones constreñidas y manipuladas, el espectro del fraude se ha arraigado profundamente en la cultura y en los imaginarios políticos de los mexicanos. A pesar de los importantes avances realizados en materia de calidad, limpieza y confiabilidad de las contiendas electorales, sus resultados siguen siendo sospechosos para muchos actores partidistas, sobre todo cuando éstos les resultan adversos. Sin embargo, no todas las inconsistencias que ocurren en un proceso electoral se deben a prácticas irregulares y fraudulentas.

Por ello, importa distinguir entre la calidad procedimental de las elecciones en sí mismas (que es el objeto de las causales de impugnación previstas en la legislación vigente), y las condiciones más amplias en las que se lleva a cabo el proceso electoral, en un país con profundas desigualdades económicas y socioculturales que imposibilitan una equidad perfecta e ideal (y cuya incidencia sobre los resultados es materia de interpretación subjetiva y jurídica).

De ahí la intensa polémica generada por la impugnación genérica de la última elección presidencial, que trasladó los agravios desde el ámbito procedimental de la certeza de los resultados electorales, hacia el cuestionamiento de la calidad misma de los sufragios emitidos. El argumento central fue que una cantidad decisiva de votos (superior al margen de victoria, de 3 millones de sufragios) había sido “comprada” a cambio de despensas y monederos electrónicos, y que ello desvirtuaba su autenticidad democrática e invalidaba la elección presidencial.

Ello plantea la cuestión crucial de los contenidos y significados cualitativos del voto, y de lo que les confiere un carácter auténtico y ciudadano. Como lo muestra esta investigación, el mecanismo del intercambio es una dimensión constitutiva del sufragio, que puede ser predominante en algunos contextos territoriales, reflejándose en una gran volatilidad e inestabilidad de los comportamientos electorales. La pregunta importante es qué se recibe a cambio de qué, en qué condiciones y con qué consecuencia sobre las relaciones entre gobernantes y gobernados. Toda relación política está fundamentada en algún tipo de transacción, y tanto la representación como la rendición de cuentas democráticas implican un tipo particular de vínculo que delega la soberanía a cambio de beneficios concretos para la ciudadanía. Por lo tanto, lo que debería debatirse no es la legitimidad del intercambio, sino las condiciones de asimetría/equidad en las que se lleva a cabo

dicho intercambio, así como el carácter privado/público, personal/colectivo, condicionado/basado en derechos universales de los bienes que proporcionan los gobernantes a los gobernados.

De ahí la necesidad de replantear el debate sobre la calidad del sufragio, trascendiendo la dicotomía entre un voto “ciudadano” abstracto –idealizado, altruista e inexistente–, y un voto “clientelar” estigmatizado –heterónimo, sumiso, alienado y potencialmente omnipresente–. Asumiendo la heterogeneidad y la contingencia del comportamiento electoral, hay que generar un nuevo consenso sobre las prácticas *irregulares* que se deben sancionar eficazmente en una elección particular, y sobre las prácticas *ilegítimas* que tienen que combatirse mediante políticas públicas integrales que rebasan el ámbito meramente electoral.

(Re-)construir un juego político con reglas compartidas, legítimas y democráticas

Las reformas electorales proporcionan un valioso espacio de diálogo y negociación que puede ser aprovechado, no para denostar a los adversarios sino para construir un juego político más legítimo y democrático, con reglas compartidas, aplicadas y respetadas por todos los actores como las únicas válidas en la polis [*the only game in town*]. Eso fue precisamente lo que se logró con mucho éxito en la década de los noventa, cuando todos los partidos se alinearon en torno a un ciclo virtuoso de reformas que edificaron uno de los sistemas electorales más confiables de la región, y construyeron legitimidad democrática. Lamentablemente, desde 2003 dicho proceso de negociaciones se está agotando y requiere de un impulso renovado.

Por ello, cabe destacar las oportunidades del momento, en una sociedad que cuenta ahora con una clase política muy diversa y plural, que cubre un amplio espectro político-ideológico y comparte, a la vez, valores fundamentales que le dan cohesión y unidad. Existe, asimismo, una sana diferenciación entre proyectos de Nación diferenciados que compiten entre sí y proporcionan opciones viables a los ciudadanos. E independientemente de la retórica que surge coyunturalmente en las campañas y en los conflictos postelectorales, en realidad México cuenta con un nivel de polarización muy moderado, que es incluso mucho más reducido entre los electores que entre las élites parlamentarias.

Todo esto proporciona un contexto propicio a la consolidación de una poliarquía estable y equilibrada. El reto, por lo tanto, consiste en construir un consenso más amplio y legítimo, preciso y disciplinado, en torno a las reglas que deben regir la designación y la evaluación, la elección y la rotación periódica de las élites gobernantes.

¿Qué pedirle a la democracia electoral en el contexto actual?

En cuanto a los desafíos para las políticas de promoción, formación y capacitación cívicas, hay que escapar de la tentación de exigirle lo imposible al pluralismo electoral y al sufragio universal. La democracia teórica e ideal, además de verse asociada con la libertad, la igualdad y la solidaridad, conlleva siempre la idea de la inclusión: sin la participación efectiva de los gobernados, se desvanece la promesa central del famoso “*gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo*” (Abraham Lincoln).

No obstante, la situación actual de muchas “democracias reales” se caracteriza por una patente y creciente exclusión. Ya sea en el ámbito económico y financiero, o bien en cualquier otro ámbito político o sociocultural, la participación de las masas populares aparece como secundaria, subordinada y marginal con respecto a la gobernanza ejercida por las élites, que controlan las economías y ejercen un poder central en la toma de las decisiones colectivas cruciales. Vivimos en

una época contradictoria, en la que las instituciones representativas y la democracia electoral se acomodan perfectamente de una creciente desigualdad, cuando no contribuyen a perpetuar dicha exclusión mediante la legitimación del *status quo*.

Para limitar el desgaste creciente de la legitimidad electoral, es necesario acotar las expectativas relacionadas con la democracia procedimental. Las elecciones libres y competitivas, y el ejercicio plural del sufragio, tienen el mérito importante de contribuir a pacificar la contienda política y a institucionalizar la renovación de las élites gobernantes. Permiten, asimismo, ampliar la participación e inclusión popular, mejorar la representación de los diversos sectores e intereses sociales organizados, y propiciar mecanismos de evaluación y control que limitan el ejercicio del gobierno mediante pesos y contrapesos democráticos.

Sin embargo, las elecciones plurales no son una varita mágica, y no pueden resolver por sí mismas los enormes problemas que se derivan de las relaciones profundamente asimétricas e inequitativas que estructuran la sociedad mexicana. En cuanto al sufragio “universal”, la heterogeneidad socio-territorial de su ejercicio *particular* refleja precisamente dichas desigualdades económicas y socioculturales; también invita a reflexionar sobre el tipo de ciudadanía que se asocia con cada dimensión constitutiva del voto, y sobre el tipo de representación y de legitimidad que puede derivarse de ellas.

En suma, las políticas públicas de capacitación cívica tendrán que pasar de una promoción abstracta e idealizada del voto, a la promoción de debates plurales sobre las posibilidades tangibles que abre su ejercicio en distintas condiciones y modalidades. El voto de intercambio no tiene por qué ser clientelar, sino que puede propiciar la rendición de cuentas cuando los ciudadanos le exigen políticas públicas eficientes a sus gobernantes a cambio de su apoyo electoral. El voto de identidad tampoco es corporativo por necesidad, ya que los ciudadanos también pueden desarrollar vínculos afectivos de lealtad con representantes responsables, bajo el control de mecanismos institucionalizados de auto-gobierno. En cuanto al voto de convicción, su autonomía tampoco está siempre exenta de cinismo y oportunismo individual, por lo que la democracia requiere de ciudadanos igualmente comprometidos con proyectos de carácter colectivo y de alcance general.

Lejos de ser una categoría abstracta y utópica que se encarna puntualmente en una jornada electoral, la ciudadanía democrática se construye por lo tanto en la vida cotidiana, a partir de la suma de un sinnúmero de acciones colectivas e individuales, y mediante la mezcla de muy diversos dispositivos de participación e inclusión, movilización y representación política, a través del ejercicio heterogéneo y cambiante de un sufragio inevitablemente particular.

POLICY BRIEF

THE SOCIAL AND TERRITORIAL BASES OF VOTING IN SUB-NATIONAL MEXICO

WILLIBALD SONNLEITNER ²

SYNOPSIS [INTRODUCTION]

In Mexico, the puzzling relationships between socioeconomic development and electoral turnout challenge the classical theories of modernization: in many regions the most participative territories are the poorest ones. To comprehend this contradictory geography of citizen participation, this research explores the unequal territorial dynamics of voting at different geographic levels, focusing on diverse forms of electoral mobilization. As shows the case study of Chiapas, these forms are based on community and identity; on corporatism and patronage; or on individual and rational choice. Our findings oblige to revisit the relations between “universal” suffrage and popular participation and inclusion, democratic representation, governance and legitimacy; they also invite to explore what particular conditions enhance/inhibit free, egalitarian, autonomous and effective voting in sub-national Mexico.

1. Electoral governance under fire: elections between idealization and demonization

As the 2006 and 2012 presidential races proved, Mexico’s democracy is in a paradoxical situation. Despite an increasing plurality and competitiveness of elections, they display a persistent deficit of legitimacy. This is evident in the increase of post-electoral conflict and the increment of citizen’s mistrust in elections. This perception is far from being secluded to some apathetic segments of society; it is strongest among the more educated and informed citizens, including Mexico’s cultural and political elites. Regardless of partisan affiliation or ideology, an increasing number of defeated candidates from all political groups are challenging unfavorable results.

Curiously, the toughest criticisms to the electoral authority come from the partisan actors, who denounce unequal and dirty elections while they violate the rules themselves. For decades, a virtuous cycle of legal reforms focused on the continuous improvement of electoral processes. Today, we observe an inverse process, of de-construction of trust. The political debate in Mexico now addresses the quality of suffrage itself, which autonomy is thought to be restricted by the most diverse –real and/or imaginary– mechanisms of vote buying and corporatist mobilization.

In this context, we need to inquire the different forms in which suffrage is being exercised, and the socio-territorial conditions that promote or inhibit its effective levels of autonomy and anonymity, liberty and equality.

² Professor and Researcher at El Colegio de México, where he teaches Political and Electoral Sociology. A member of the National Researchers System, he specializes in the study of democratization processes and the electoral geography of Latin America. His publications can be found in <http://ces.colmex.mx/141> and in <https://colmex.academia.edu/WillibaldSonnleitner>. He coordinates, along with Sonia Terron, the ALACIP Research group of Spatial Analysis in Latin America. Contact: wsonnleitner@colmex.mx

2. From the ideal of *universal*, to the empiric diversity of *particular* suffrage

This study is part of a wider research about the transformations of Mexican politics throughout the last decades. It seeks to contribute to a comparative, historic and multidimensional analysis of suffrage and of the complex relationships between the territorial dynamics of electoral turnout, and the geographic structures of socio-economic development.

In Mexico, the puzzling territorial relations between human development and electoral turnout challenge classical theories of modernization. While in most consolidated democracies political participation is positively correlated with wealth and education, in many Mexican territories the most participative entities are among the poorest, while prosperous cities often display high rates of abstention. Far from being stable, this relationship changed gradually since the late seventies to be inversed in the nineties, to be reversed and dissolved between 2003 and 2012.

To comprehend this contradictory geography of political participation, this research explores variations in the substantive meanings of voting at different places. Contrary to its pretended “universal” character, voting is not a univocal socio-politic practice that obeys a uniform logic or a single general model. To understand the different modalities of its exercise, it needs to be located in a particular historical and socio-territorial context. This allows to comprehend the contradictory forms in which suffrage was invented and gradually extended, forcing us to situate its different dimensions in spatial and temporal, anthropological and sociopolitical contexts.

This research combines different theoretical-methodological approaches to investigate the social origins and the territorial bases of “particular” suffrage in Mexico, in order to contribute to a comprehensive and historical, comparative sociology of voting in Latin America. My empirical findings evidence the great diversity in socio-territorial configurations of voting. They also indicate that parties and candidates mobilize supporters through various forms of organization, mechanisms and appeals. As the case study of Chiapas shows, in some communities voting is based on primordial ties and collective identity; in others, electors appear as rational individuals; in still others, corporatist actors mobilize clientele on a massive scale. These different forms of socio-political mobilization sum up in electoral turnout on the aggregated level. To elucidate the meaning of voting, elections need therefore to be situated in concrete historic and geographic contexts.

In order to do so, I use a mixed-methods research strategy. The research starts with a synthetic literature revision of electoral behavior and its relationships with wider processes of modernization, to locate Mexico’s specificity and to build a proper frame for its study. Based on this, we analyze the evolution of geographic distribution of votes, as well as its relations with the territorial structure of human development at different and complementary levels (32 federal entities, 300 legislative uninominal districts, 2 443 municipalities and 64 thousand polling stations). This synthetic geography of Mexican electoral behavior is completed by a qualitative study of the case of Chiapas, to grasp the concrete meanings of the diverse modalities in which *particular* suffrage is being exercised, and to illustrate diverse types of electoral mobilization.

In sum, our research strives to uncover the heterogeneous and changing meanings of voting, in order to analyze its problematic linkages with socio-political inclusion, with democratic representation, governance and legitimacy in multiples geographic levels. While aiming to contribute to the comparative study of elections, it also seeks to establish a dialogue with practitioners and policy makers.

3. From “Angel’s Democracy”, to the impure elections of Men: Strategic proposals to improve electoral governance in Mexico

Democracy cannot exist without popular participation. But if the quality of voting is not evenly distributed in space, we need to focus on the diverse territorial patterns of citizen mobilization. Hence, the institutional promotion of electoral participation in “new” democracies must not limit itself to a merely quantitative approach. It also should seek to improve the quality of turnout through the extension of a more effective suffrage, more universal and free, more autonomous and egalitarian.

In Mexico, democratization is not a homogeneous and linear process; it follows diverse spatial and temporal dynamics. Moreover, the heterogeneity and instability of suffrage itself carry important implications for public policies, commonly designed without considering the great diversity of situations and contexts that coexist at the sub-national level. At least three practical and strategic considerations derive from this diversity of voting for political action.

Process the diversity of voting, to constrain the specter of electoral fraud

The first one takes us back to the paradoxical perception of electoral democracy. After decades of constrained and manipulated elections, the specter of fraud is deeply rooted in Mexican social imaginary and political culture. Despite major progresses in the quality and reliability of elections, their results still are suspicious for many partisan actors, especially when they are unfavorable for them. Nonetheless, not all the inconsistencies that occur during an electoral process are due to irregular and fraudulent practices.

Hence, it matters to distinguish between the procedural quality of elections itself (which is the main cause for fraud allegation in the current legislation), and the broader conditions in which the electoral process performs, in a country with deep economic, social and cultural inequalities that preclude a perfect and ideal equity (and which impacts over the results implies subjective and judiciary interpretation).

The ongoing confusion between both dimensions raised an intense polemic during the last presidential election, when the grievances transcended the procedural field of the reliability of the electoral results, to question the democratic quality of polled suffrages themselves. The central claim of the defeated was that more than 3 million votes (the margin of victory) had been “bought” in exchange for supplies and electronic money cards (*Monederos electrónicos*), which perverted their “authenticity” and thus invalidated the presidential election.

This post-electoral conflict poses a crucial matter: what are the qualitative contents and meanings of votes, and what is it that makes them civic and democratic. As our research indicates, exchange mechanisms are a constitutive dimension of the suffrage and they do predominate in many territorial contexts, reflecting a high volatility and instability of electoral behaviors. The crucial matter is *what is being received in exchange of what, in what conditions, and what consequences that brings upon the relationships between voters and elected officials.*

Any political relation is based on some kind of transaction; and democratic representation, as well as democratic accountability, implies a particular kind of bond in which sovereignty is delegated in exchange for some specific benefits for the citizen. Therefore, the debate should focus not in the legitimacy of the exchange, but in the conditions of equality/asymmetry in which this exchange is performed, as well as in the public/private, personal/collective, conditioned/universally granted nature of the goods that are being exchanged.

Hence the need to redirect the debate of the quality of the suffrage, transcending the abstract dichotomy between an “authentic citizen vote” –idealized and altruistic, but almost non-existent–, and a stigmatized “clientelist vote” –heteronomous, submissive, alienated and potentially omnipresent–. Assuming the heterogeneity and the contingency of electoral behavior, a new consensus is needed in order to distinguish between the *irregular* practices that must be sanctioned efficiently in any election, and the *illegitimate* practices that should be constrained with more general and integral public policies, that transcend the limits of the electoral arena.

(Re-) built a political game with shared and legitimate rules

The electoral reforms provide a valuable dialogue and negotiation space that can be used, not to critique adversaries but to rebuilt a more legitimate political game, with shared and enforced rules respected by all the players as the only game in town. This was precisely what was achieved in the nineties, when all the parties lined up around a virtuous cycle of reforms that constructed one of the most reliable electoral systems of Latin America, which therefore provided democratic legitimacy. Regrettably, since 2003 this process wore down and it requires a renovated impulse.

Thus, it is worth noticing the new opportunities of a society with a diverse and plural political class that covers a wide political-ideological spectrum, and shares fundamental values that provide cohesion and unity. There also is a healthy differentiation between Nation projects that compete with each other and provide viable options to the citizens. Regardless of the rhetoric that conjecturally raises during campaigns and post-electoral conflicts, in fact, a very moderate level of polarization exists, smaller among the electors than the parliamentary elites.

All this provides a proper context to consolidate a stable and balanced polyarchy. The challenge, then, lies in constructing a broader consensus with generally accepted rules to govern the legitimate designation and evaluation, election and rotation of ruling elites.

What can we expect from Electoral Democracy today?

As for the challenges of the promotion of civic culture, we need to escape from the temptation of demanding the impossible to electoral pluralism and universal suffrage. Ideal democracy entails the ideas of inclusion and liberty, as well as on equality and solidarity. Without them, the central promises of the famous “*government of the people, by the people, and for the people*” (Abraham Lincoln) vanish away.

Nonetheless, the actual situation of many “real democracies” is characterized by an evident and increasing exclusion of the people. Whether in the economic and financial field, or in any other political or sociocultural field, the participation of popular masses appears as subordinate and marginal in comparison to the governance exercised by elites, which control the economies and exercise a central power in the crucial collective decisions. We live in a contradictory time, in which representative institutions and electoral democracy perfectly accommodate to increasing inequalities, when they do not contribute to perpetuate such exclusions through the legitimization of the *status quo*.

To contain the erosion of electoral legitimacy, it is necessary to moderate the expectations associated with procedural democracy. Free and competitive elections, and the plural exercise of universal suffrage, have contributed historically to pacify politics and to institutionalize the renovation of governing elites. They also allow the inclusion and participation of the people, the

representation of diverse sectors and organized social interests, and the evaluation and limitation of governments through institutionalized checks and balances.

But plural elections are not a magic wand, and they cannot solve themselves the problems derived from the deep asymmetric and unequal relations that structure societies. As for the “universal” suffrage, the socio-territorial heterogeneity of its *particular* exercise evidences those economic and sociocultural inequalities; it also invites to think over the type of citizenry that is associated with each constitutive dimension of voting, and about the type of representation and legitimacy that can derive from them.

In sum, public policies for civic culture must shift from the promotion of an idealized and abstract vote, to the promotion of plural debates about the tangible possibilities that polling votes involves within diverse modalities and conditions. The exchange of votes does not need to be clientelistic, but it can propitiate accountability when citizens demand efficient public policies to their rulers. The identity vote is not mandatorily corporative; citizens can also develop loyalty bonds with representatives placed under the control of institutionalized mechanisms of self-government. As for the conviction-vote, its autonomy is not always exempt of cynicism nor of individual opportunism; democracy also needs citizens committed with collective projects of general reach.

Far from being an abstract utopia that becomes reality during one single election day, democratic citizenship is constructed in everyday life. It is the sum of countless individual and collective actions, the mixture of very diverse devices of participation and inclusion, mobilization and political representation, and the combination of a highly heterogeneous and changing exercise of an inevitably *particular* suffrage.